

los, en estos términos: «Encontrareis, dice, en el príncipe, mucho génio, grandeza de valor, un talento vivo y siempre en actividad. Monsieur de Turena tiene la ventaja de la impasibilidad, gran capacidad, mucha experiencia y un valor á toda prueba. La actividad del primero fué superior á las cosas necesarias, para no olvidar nada que pueda ser útil; el otro, haciendo lo que debe hacerse, no hace *nada superfluo*; el príncipe, orgulloso en el mando, es tan temido como estimado; más indulgente que Mr. de Turena, es ménos obedecido por su autoridad que por la *veneracion que se le profesa*; el príncipe, más afable con quien le agrada, ménos con quien le disgusta, es también más severo cuando se ha faltado, pero más compasivo cuando se ha obrado bien. Mr. de Turena, hombre de más concierto, excusa las faltas con el nombre de desgracias y reduce con frecuencia el mayor mérito á la simple alabanza de *haber cumplido bien con su obligacion*. El príncipe se anima con ardor para las grandes empresas, goza de su gloria sin vanidad, disgustándole la adulacion. Mr. de Turena *se dirige naturalmente tanto á las grandes como á las pequeñas empresas, segun la relacion que tienen con su designio*. Por tropas que se confien al príncipe, tiene siempre la misma *seguridad* en el combate; parece que inspira sus propias cualidades á todo el ejército. Su valor, su inteligencia, su accion, parece le responden de la de los demas. Con muchas tropas de que Mr. de Turena desconfia, busca seguridades; con pocas, siendo buenas y que merezcan su confianza, *emprende como cosa fácil lo que parece imposible*. Victorioso el príncipe, es el mayor esplendor de la gloria; desgraciado, nunca recae vergüenza sobre él; tal vez perjuicio en los negocios, nunca en su reputacion. La de Mr. de Turena está más apegada al éxito de los asuntos; sus acciones no tienen nada de particular que las distinga para ser iguales y continuas. Todo lo que dice, todo lo que escribe y todo lo que hace Mr. de Turena, lleva el sello del secreto para aquellos que no penetran lo suficiente. La naturaleza le ha concedido el gran sentido, la capacidad, el fondo del mérito, y le ha negado el fuego del génio, la libertad del talento que forma su brillo y adorno: *será preciso perderle para conocer bien lo que vale, y le costará la vi-*

da formarse una justa y cabal reputacion. La virtud del príncipe no tiene ménos luz que fuerza, pero es ménos seguida y tiene ménos trabazon que la de Turena. El uno es más propio para concluir goloriosamente las acciones, el otro para *terminar útilmente una guerra*.»

No recibiendo ya la España los galeones de América, y despues de la rebelion de Portugal, tuvo que pensar en la paz, que fué negociada por Mazarino y D. Luis de Haro, ministros directores de ambos países (1659). Verificáronse las conferencias con la meticulosa etiqueta que desde entonces ocupó tan gran lugar en la diplomacia. Mazarino acudió á ella en una carroza dorada, tirada por ocho mulas, con sesenta caballeros en su comitiva, entre los cuales habia mariscales, duques y arzobispos. La isla de los Faisanes, en el Bidasoa, se dividió en dos por un edificio del cual una mitad se declaró territorio español, y la otra territorio frances. Habianse construido en ambas mitades aposentos enteramente semejantes; entre estos aposentos habia una sala dividida entre las dos naciones, con dos puertas la una enfrente de la otra, por donde salian los dos ministros para adelantarse hasta la mitad de la habitacion; dos sillones y dos mesas de escribir se encontraban preparadas una al lado de otra, lo cual permitia á los plenipotenciarios discutir, escribir, y hasta hablarse al oido, sin salir de sus respectivos países.

La España queria obtener la vuelta del príncipe de Condé, proponiéndose en el caso contrario, darle un principiado en las fronteras de los Países Bajos, por ejemplo el Cambresis, desde donde pudiera inquietar á Francia y dar asilo á los facciosos. Fué, pues, preciso ceder, y despues de haberse presentado el príncipe al rey á pedirle perdon de sus errores y de sus victorias, reparó dignamente sus culpas para con su patria.

Firmóse la paz, y el tratado en ciento veinticuatro artículos, estipuló además de otras varias y mútuas restituciones, el restablecimiento del duque de Lorena y del príncipe de Monaco. La Francia conservó el Artois con otras desmembraciones de los Países Bajos, como también el Rosellon y Conflans, por la parte de los Pirineos; en fin, se dispuso el matrimonio de Luis XIV con María Teresa, hija de Fe-

lippe IV, que rehunció á toda pretension hereditaria á los estados de su padre.

Esta paz que asignaba á la Francia una buena frontera y el primer lugar en Europa, consolidó el poder de Mazarino cuya obra era; así fué que quedó árbitro de los consejos de Luis XIV hasta el momento en que murió (1661), de edad de 50 años; se le hace cargo de haber reunido más de cien millones vendiendo empleos y beneficios; no trataremos de disculparle, ni tampoco el sistema que permitia semejante corrupcion. La condescendencia que habia manifestado en su origen se cambió despues en orgullo, y «buscó en el cielo nidos para sus sobrinas»; trató, sin embargó, de separar al rey de la idea de contraer matrimonio con María Manzini, que era una de ellas. Segun nuestra opinion no se puede ménos de admirarle como hombre de Estado. Laborioso, incansable, vivo, insinuante, sin ser vengativo, poco amable para con aquellos de quienes no tenia necesidad ni miedo, prometia mucho y concedia poco, á ménos que no se tratase de los favores que no cuestan nada. Con frecuencia pequeño en sus medios, era grande en sus miras y la fortuna le secundaba. Administrador inhábil, dejó á personas sin talento que recurriesen para hacer dinero, á los más odiosos recursos y á los ménos eficaces; pero gran político, supo tributar homenaje á su predecesor, y en lugar de ceder á la manía demasiado habitual de cambiar de sistema, continuó y completó el de Richelieu, estableciendo como principio que las relaciones entre los estados son independientes tanto de la religion como de la forma de gobierno. Tuvo ménos talento que Richelieu, pero le empleó mejor; encontró no ménos obstáculos que él, pero no se le puede hacer cargo de ninguna crueldad. Los enemigos de Richelieu le odiaban, los de Mazarino se reian de él; ahora bien, no es un pequeño mérito resistir á la risa de los franceses, haber sabido despreciar las bravatas del coadjutor de Paris y los clamores de la muchedumbre, caminar con medida, apaciguar las turbulencias interiores, concluir las guerras provocadas por su antecesor, y en medio de los ataques de la opinion pública, eclipsarse á tiempo para volver á presentarse despues de pasada la borrasca.

Creyendo que era el deber de un ministro proteger el mérito, hacia que Menaje le indicase los hombres de talento para darles gratificaciones. Asignó á Descartes, que se habia retirado á Holanda, una pension de mil escudos, y llamó de Italia á varios actores, entre otros al célebre Escaramosca, Fiorelli y al arlequin Domingo. Introdujo en Francia la ópera y al mismo tiempo la pasion á los dados, en cuyo juego se pasaba las tardes, en lo cual fué imitado por los cortesanos, que abandonaron los ejercicios corporales.

Además de la considerable fortuna que dejó á sus sobrinas, legó al papa sesenta mil libras para la guerra contra los turcos; al rey diez y ocho diamantes llamados mazarinos, sus cuadros, las magníficas alfombras hechas con arreglo á los dibujos de Rafael; además, el colegio de las Cuatro Naciones, que le denominó así porque le destinaba para los jóvenes de las cuatro provincias reunidas por él á la Francia, la Alsacia, el Artois, el Rosellon y Pignerol, su rica biblioteca y ochocientos mil escudos. El rey, á quien habia dejado por escrúpulo por heredero universal, renunció á esta espléndida herencia, satisfecho con recoger lo más importante que habia para él en la sucesion del cardenal, la plenitud del poder real.

CAPITULO III

Guerras. — Holanda

¡Feliz la Francia, si Luis XIV no hubiese comprometido aquel floreciente Estado para adquirir gloria y hacer ostentacion de su prosperidad! Despues de haber humillado la Francia al Austria con los tratados de Westfalia y de los Pirineos, se habia engrandecido en la opinion como protectora de la paz de Europa. Los príncipes del imperio permanecian fieles á Luis XIV, que garantizaba sus libertades; tenia por amiga á la Inglaterra que le habia hecho adquirir á Dunkerque y á Mardick; se habia renovado la alianza suiza, y habia reprimido los corsarios del Mediterráneo.

Pero sus aduladores le repetian que era superior á los demas reyes, que debia reunir bajo su cetro el imperio de Carlo-Magno; y el abate Colbert le decia en nombre del clero: «Oh rey, tú que das leyes al mar y al continente; que

cuando te agrada lanzas el rayo á las costas africanas; que rebajas el orgullo de los pueblos y precisas á tu antojo á sus soberanos á reconocer de rodillas el poder de tu cetro é implorar tu misericordia...

Luis XIV era aún más excitado por Louvois, hombre de gran actividad, pero violento, altanero y firme en su voluntad. Omnipotente en el ánimo del rey, enemigo personal de Colbert y de su hijo Seignelay, ministro de marina, quería arruinar las rentas que éstos habían organizado, destruir la marina que florecía bajo su administración, y sustituir actos hostiles á los procedimientos pacíficos del ministro rival. Al paso que Colbert consideraba el oro como un instrumento, la corrupción como un medio, y se proponía un resultado, una paz digna y fecunda en riquezas. Louvois, para poner trabas á su marcha, quería la guerra, y la obtenía obrando sobre el móvil principal de su amo, que era la ambición, y le hacía comprender que debía ser el primer mártir de su siglo en lugar de divertirse con miserias de comercio como los holandeses; le persuadió que era una señal de poder no tener aliados: *La divisa más justa, le decía, es la que ha adoptado V. M.: Solo contra todos.*

La situación de la Francia era de las más favorables para cambiar su papel de árbitra en el de conquistadora. Poseía los ejércitos que habían vencido en Rocroi, en Friburgo, en Nordlingue, en Sommershausen, en Lens y en las Dunas. Los soldados reclutados en todos los lugares, no comprendían la idea de la patria, pero tenían un vivo amor á su país; acostumbrados á los trabajos del campo, habían sido educados en las relaciones de las guerras de religión. La nobleza joven amaba los peligros de los campos; por eso se veía á elegantes señores, adornados con cintas y perfumados de ámbar, después de haber pasado el invierno en los más muelles deleites, empeñar sus muebles y propiedades para ir á afrontar toda clase de privaciones y desafiar á la muerte como héroes. «Tantos valientes como veía animados por mi servicio, escribía Luis XIV, parecían solicitar-me á cada momento para que ofreciese una ocasión á su valor. A la primera noticia de la guerra de Flandes, mi córte se aumentó en un instante con una infinidad de caballeros que

me pedían empleos.» Persuadiéronle que un rey debe tener siempre la espada en la mano; ahora bien, nada era más fácil que esto en quien escribía en 1688 al mariscal de Villars: *Engrandecerse es la más digna y agradable ocupación de un soberano.* Por otra parte, nada contribuye más á dar unidad al poder y á centralizar que la fuerza militar; este elemento se encontraba entonces concentrado igualmente en manos del rey, y distinto de la sociedad; lo cual le hacía propio para comprimir en lo interior y pelear fuera.

En aquella época la guerra había comenzado á ser una ciencia. En la edad media no había ejército; era una nobleza valiente, cubierta de hierro, la que se presentaba rodeada de arqueros armados á la ligera, y la táctica consistía en la lucha de hombre á hombre, de tropa á tropa. En tiempo de la Liga, la España, con movimientos dirigidos con prudencia, había ejercitado mucho la agilidad de los escuadrones ligeros de los bearneses. La guerra de los Países Bajos mejoró el arte de los sitios, la artillería, las combinaciones estratégicas; y Gustavo Adolfo probó que en los ejércitos la fuerza material no hace tanto como la fuerza moral. Después ocurrió la sabia reflexión de disponer en orden y con arte los batallones, y formar extensos planes. Reconocíanse entonces tres escuelas militares; la alemana, que obraba con grandes masas de caballería, con corazas, que el cañon mataba ó dispersaba fácilmente; la escuela española, que adoptó el orden cerrado, pero con ménos caballería, formando atrincheramientos y cuadros de lanzas, y moderando con prudencia los movimientos, para llegar á la pelea con la certidumbre del éxito; en fin, la escuela francesa. Los hermosos tiempos de la escuela española habían pasado, y los franceses obtenían la ventaja; pues después de haber sufrido frecuentes derrotas por su impetuosidad, se habían moderado entonces con la prudencia de Turena, que probó en Rocroi la superioridad de la infantería francesa sobre la de los españoles. En tiempo de Luis XIV, las reformas se introdujeron en el ejército como en todas las cosas. Se alistó en él á personas acostumbradas á la indisciplina en las turbulencias pasadas, á cada regimiento se le vistió de una manera uniforme; los soldados rebajados que, no figurando

más que los días de revista, se aprovechaban de las pagas y de los privilegios, desaparecieron de los cuadros. Establecióse primero cuatro granaderos por compañía; después se formó una compañía de granaderos en cada regimiento de infantería; formóse además un regimiento de húsares y bomberos. Aumentóse el número de los dragones; fundáronse yeguaerías, escuelas de artillería, un cuerpo de ingenieros, y se hizo general el uso de la bayoneta. Debe desde luego comprenderse que los empleos no se conferían más que á los nobles; pero la gran influencia que tenían sobre el vulgo, y el exagerado sentimiento de su dignidad, hubiera llegado á ser un freno para el rey, si hubiese querido reducir alguna vez al ejército á no ser más que un ciego instrumento de deslealtad ó tiranía. Sin embargo, la introducción de los uniformes entre los oficiales fué un gran golpe que sufrió el orgullo de los caballeros, que trataban como iguales á los generales, y que pretendían obrar del mismo modo con Turena, porque no tenía en la sociedad la superioridad que poseía en el ejército. El coronel general, que antes decidía de los ascensos, quedó suprimido, y el rey llegó á ser de este modo el verdadero jefe del ejército. Instituyó para recompensar el valor, la orden de San Luis, é hizo que se presentase ménos espantosa la ancianidad al soldado preparándole un noble asilo en el cuartel de Inválidos. Formó las compañías de cadetes, estableció además en 1688 treinta regimientos de milicianos vestidos y armados por las municipalidades, que se ejercitaban en las armas sin abandonar sus labores. De esta manera pudo disponer de cuatrocientos cincuenta mil hombres, que sostuvo bajo una severa disciplina, preparó almacenes é hizo construir admirables fortalezas.

Esta fué la obra Vauban que Mazarino, que conocía á los hombres, se adhirió á los ejércitos reales. Asistiendo con ellos á diferentes sitios, reconoció los medios de mejorar el ataque y la defensa, y pronto llegó á ser ingeniero en jefe del gran rey, para quien hizo construir treinta y tres plazas fuertes nuevas; reparó trescientas antiguas, dirigió cincuenta y tres sitios, é intervino en ciento cuarenta hechos de armas.

Vauban no inventó un arte en el que los

italianos habían manifestado ya gran habilidad, y del que habían adquirido mucha experiencia en la guerra de Flandes, pero supo hacer mejoras en la aplicación oportuna de los procedimientos de los extranjeros; sin haber escrito ninguna obra de la táctica, consiguió que los adelantos sucesivos de este arte llevasen su nombre; y supo, sobre todo, asociar la estrategia al arte de las fortificaciones. Debe decirse también que nunca olvidó conservar la vida de los soldados y de los ciudadanos pacíficos; siendo este objeto al que se dirigía el sistema de las paralelas y de las plazas de armas, cuyo primer ensayo se hizo en el sitio de Maestricht, como también su obra *Sobre el ataque y defensa de las plazas.*

Luis XIV consideraba como una señal de grandeza poseer muchas plazas fuertes, aun cuando no fueran necesarias; después de haber procurado Vauban demostrarle que este inútil gasto inmovilizaba para la defensa un gran número de hombres, no pudo conseguir más que repartirlos en los puntos más convenientes á las grandes operaciones militares. Las ciudades sirvieron también para sujetar á los ciudadanos; no pudieron ya reclamar, insurreccionándose, derechos que la ley consideraba como principio de rebelión, y los gobernadores dejaron de ser bajados en las provincias las escuadras adquirieron también en aquella época una gran importancia. Se habían aplicado á ellas las terribles innovaciones de la artillería, y dejaban conocer que el tridente de Neptuno llegaría á ser el cetro del mundo. La principal fuerza marítima consistía en galeras, barcos movidos por hombres como lo son en el día por el vapor. Criminales condenados, berberiscos arrebatados de los desiertos de Africa, eran encadenados á los bancos y sometidos á un movimiento de fuerza lenta, mecánica, que aunque fatigándolos horriblemente, les dejaba la tranquilidad necesaria para considerar el peligro, del cual no podían distraerse gritando; en efecto, en el momento del combate se les ponía una mordaza, á fin de que no pudiesen, hablando, impedir las voces de mando. Obligados entonces á corresponder á la impaciencia del capitán, llovían sobre sus costillas los latigazos; siéndoles preciso avanzar contra un fuego que no veían; heridos por las armas

del enemigo, sin sentir la exaltación que produce la lucha, sin poder esperar después de la victoria las recompensas, ni la feroz alegría de la matanza ni del saqueo.

El bearnés Bernardo Renau de Elizaáray, después de haber estudiado la teoría, se dedicó con profunda meditación á resolver los problemas más difíciles de la construcción de los barcos; llegó hasta exponer, como por casualidad, las combinaciones más estudiadas, encontrándolas muy naturales, y admirándose de que no hubieran pensado otros en ellas. Propuso, en su *Teoría naval*, aligerar mucho la popa y la proa, desembarazándolas de sus enormes alcázares; hacer ménos redondos los barcos, y uniformar el calibre de los cañones, con el objeto de evitar la confusión de los cargamentos, causa de graves embarazos.

Cada constructor tenía un *secreto de construcción* propiamente suyo, al cual no quería renunciar, á pesar de todas las manifestaciones de las personas experimentadas; pero Renau propuso á Colbert el establecimiento de una escuela pública de construcción naval y de un cuerpo de ingenieros, lo cual arruinó semejante monopolio, y convirtió á un barco en un resumen de todos los conocimientos físicos y matemáticos.

Dunkerque se señaló principalmente por sus excelentes marinos y sus audaces corsarios que volvían al puerto con ricas presas. En esta ciudad fué donde nació Juan Bart (1661-1702), que después de haberse formado bajo el mando de Ruyter, volvió á Francia cuando estalló la guerra con Holanda. Entonces fué cuando habiendo armado un barco en corso, se dió á conocer de tal manera por su intrepidez é inteligencia, que el rey le tomó á su servicio. El nombre de Juan Bart ha permanecido siendo popular como representante de la grandeza marítima de la Francia, así como el de Bayardo de su gloria caballeresca. Hijo del pueblo, no renegó nunca de su origen; y en los grados que obtuvo por un valor inaudito, conservó la sencillez y aspereza del marinero, en medio de los caballeros de civilizados modales que tenían á honra servir en los barcos de su escuadra, sufrieron sus arranques y le seguían en las más peligrosas empresas. Cuando fué á la corte, no se cortó en presencia de los brillantes caballe-

ros y hermosas damas que habían acudido á ver al *Oso*, como se le llamaba. Un día que el rey le hacía esperar en la antecámara, sacó su pipa y se puso á fumar esperando audiencia. No cuidaba de moderar la energía de su lenguaje aun en presencia de la majestad soberana. Juan le dijo un día el rey, *os he nombrado jefe de escuadra*. — *Habéis hecho bien, señor*, contestó. Como los cortesanos dejasen escapar una sonrisa de burla, queriendo Luis XIV manifestar que entendía de achaques de grandeza, replicó: *No le habéis comprendido, esta es la respuesta de un hombre que conoce lo que vale, y piensa darne de ello nuevas pruebas*.

La relación de sus hazañas, verdaderamente extraordinarias, se parece á una novela, sin que hayan producido nunca grandes resultados; por esto se decía que *no era bueno más que á bordo*. Siempre corsario, sin retirarse nunca delante de fuerzas superiores, estaba determinado á volarse antes que rendirse. Los holandeses y los ingleses le tuvieron mucho miedo. Un día atravesó con siete fragatas, por en medio de treinta y dos barcos que bloqueaban el puerto de Dunkerque, y al día siguiente hizo prisioneros cuatro buques ingleses cargados de riquezas. Incendió en aquella campaña más de ochenta buques enemigos, desembarcó en Newcastle, que saqueó, y volvió con 1.000.000 y medio de botín. Sin tener más que tres barcos de guerra, dispersó en el Báltico la escuadra holandesa cargada de granos y capturó diez y seis buques mercantes. Al mismo tiempo que impedía se provisionasen los enemigos, hacía pasar los convoyes destinados á los países amigos.

Duguay-Trouin, su émulo, de origen también popular, unía á la audacia el estudio que Juan Bart había descuidado.

Richelieu, que había encontrado á la Francia sin un barco de alto bordo, convirtió á Brest, pueblo de pescadores, en un puerto militar, y compró ó hizo construir treinta y cinco barcos y diez galeras. La marina decayó de nuevo durante la Fronda; pero Lionne tuvo cuidado de reponerla mandando construir buques y comprar materiales. Estableció en Amsterdam una fundición de cañones, hizo ir de Holanda constructores, de Suecia carpinteros y cerrajeros, y de las orillas del Báltico tejedores para las telas

velas y el cordaje. Abriéronse nuevos puertos, agrandáronse otros; y el año de 1666, el duque de Beaufort mandaba contra los ingleses una escuadra de treinta y cuatro buques tripulados por diez mil quinientos cincuenta y seis hombres.

En el año siguiente la marina francesa contaba cincuenta y nueve buques, de los cuales dos de ochenta cañones, cinco fragatas, de catorce á veintiseis más pequeñas, nueve fustas, trece brulotes, cinco buques de guerra y mercantes de diez á cuarenta cañones, trece galeotas, y además un número bastante grande de pequeños barcos para formar un total de ciento diez velas, con tres mil setecientos trece cañones y veinte y un mil novecientos quince hombres de tripulación sin contar los oficiales.

Luis XIV llegó poco á poco á este grado de poder; pero los que como él no calculaban los sufrimientos del pueblo, se lo habían hecho sentir. Encontrándose después con fuerzas, con el ejército más aguerrido de Europa, con grandes generales entre los cuales basta citar á Turenna y á Condé, con una numerosa y joven nobleza deseosa de señalarse, y filas de las cuales debían salir los Catinat, los Vendome, los Villars, y hábiles ingenieros como Clairville, Mesgrigny, Choisy, Vauhan, se dejó deslumbrar y precipitó á la Europa á cuatro guerras, de las cuales la última puso la Francia á orilla del precipicio.

Los tratados de Westfalia, de los Pirineos y Oliva habían terminado las contestaciones en el centro de Europa, en el Mediodía y en el Norte, debilitando en provecho de la Francia el cuerpo germánico y la Suecia, el Austria, la España, la Dinamarca y la Polonia; determinando los territorios, fijando el derecho público y arrebatando á los unos todo motivo de renovar las hostilidades, á otro la voluntad y á muchos los medios necesarios. Difícil era, pues, turbar la paz; pero Luis XIV se aprovechó de los primeros pretextos que encontró.

Comenzó por abrogarse prerrogativas sobre las potencias que hasta entonces habían sido tratadas como iguales. Habiéndose negado el embajador de España en Londres á ceder el paso al suyo (1662), se siguió una cuestión; Luis XIV amenazó á Felipe IV, que le dió una satis-

facción y reconoció la preeminencia de la Francia.

El embajador francés en Roma tenía á su servicio personas que molestaban á los habitantes, y daba en su palacio asilo á gente perdida. Irritada la guardia corsa con los repetidos insultos que tenía que sufrir por esta parte, rodeó el palacio é hizo fuego; un paje fué muerto y varios criados heridos. Luis XIV pidió una satisfacción; más como tardaba, ocupó á Avignon, hizo conducir á la frontera al nuncio y se dispuso á pasar á Italia con diez y ocho mil hombres. En vano Alejandro VII hizo ejecutar á los culpables; permaneciendo indiferentes el Austria y la España á este abuso de la fuerza contra el débil, y careciendo el papa de tropas, se vió obligado á humillarse ante la arrogancia del monarca. Fué preciso desterrar á su propio hermano como acusado de haber tomado parte en este hecho, enviar al cardenal Chigi á pedir perdón, abolir la guardia corsa, construir una pirámide con una inscripción que recordase la injuria y la reparación, y obligarse hasta á ceder ciertas porciones de territorio á los duques de Palma y Módena.

Este fué el preludio de mayores exigencias. Dos potencias causaban recelos á Luis XIV: la España, hereditariamente enemiga de la Francia, á la que trataba de desmembrar por tierra; y la Holanda, con la que quería rivalizar por mar.

Cuando la muerte de Felipe IV, le pareció favorable la ocasión para realizar sus proyectos, suscitando pretensiones á la sucesión de este príncipe, en nombre de María Teresa su mujer. Esta princesa había renunciado, como ya hemos dicho, á la herencia paterna; pero se decía que la renuncia era nula, en atención á que su dote no había sido pagado. Además, era costumbre en algunos países de Flandes, que cuando un viudo ó una viuda contraían segundas nupcias, la propiedad de los bienes inmuebles *fuese devuelta á los hijos* del primer matrimonio, y que el padre ó la madre no conservasen más que el usufructo. Luis XIV quiso extender esta costumbre privada á un caso de derecho público. Ahora bien, habiendo nacido Carlos II del segundo matrimonio de Felipe IV, y María Teresa del primero, reivindicó por el *derecho de devolucion* el Brabante, Malines,

Amberes, la Gueldre Superior, Namur, el Limburgo, Hainaut, el Artois, Cambresis, el Luxemburgo, el Franco Condado y una parte de la Flandes, aunque las leyes fundamentales de la España establecen la indivisibilidad de la monarquía. Este pertexto fútil presentado después de haber adoptado un partido, encontró, no obstante, defensores en la guerra de pluma que se empeñó entonces.

«Creiendo que el mejor medio en los hechos importantes era sorprender á mis enemigos con mi actividad y entrar armado en su país antes de que estuviesen en estado de resistirse, disponía insensiblemente todo para comenzar esta campaña antes que lo acostumbrado. Reunía en cada plaza trigos, harinas, forrajes, pólvora, balas, cañones y otros objetos. Pero sobre todo continué haciendo ejercitarse cuidadosamente á las tropas que se hallaban á mi alrededor, á fin de que los oficiales aprendiesen con mi ejemplo á tener el mismo cuidado con las que mandaban.» Pronto invadieron la Flandes tres ejércitos mandados por el rey, que iba á aprender la guerra bajo la dirección de Turenna, y bien provistos por los ciudadanos de Colbert y Louvois. Los españoles que llenaban á la Europa con sus quejas y sospechas, no habían preparado nada con respecto á tropas, dinero y alianza. Luis XIV no tuvo, pues, necesidad de pelear, sino de triunfar. Vauban fortificó con arreglo á los métodos nuevos las nuevas plazas conquistadas, y el rey volvió en medio de los aplausos, alabándose de su moderación, que le había determinado á detenerse en medio de sus victorias.

Fuera de estado la España de hacerle frente con sus propias fuerzas, trató de hacer conocer á otras potencias la comunidad y el peligro, con el objeto de que el interés les hiciese defenderla.

Los proyectos de Luis XIV no agradaban á Leopoldo de Austria, que aspirando á la herencia de Felipe IV, debía querer sostener su integridad; á la Holanda, á la que importaba conservar los Países Bajos; á la España, como barrera entre ella y la Francia. Trató Luis XIV de ganar á los holandeses proponiéndoles una partición de aquel territorio, y detener al Austria haciendo que le fuese hostil el cuerpo germánico, que en efecto, no proporcionó socorros al emperador. Witt, gran pensionario de Ho-

landa, había ya pensado en emancipar los Países Bajos españoles para erigirlos en república; y con este objeto se había esforzado en evitar la guerra. Asustado entonces con el peligroso vecindario del rey de Francia, determinó á los holandeses unirse á Inglaterra, cuya envidia se había despertado, y á la Suecia para conservar los Países Bajos á la España (1668). Estas tres potencias protestantes se confederaban en favor de la España católica por la misma razón que hace que en el día se sostenga la Turquía.

Aunque Luis XIV experimentó gran cólera al verse detenido en sus conquistas, no se creía en estado de aventurar su marina, aún bisoña, contra la Inglaterra y la Holanda; además negociaba entonces con el emperador Leopoldo para repartirse la monarquía española en el caso en que Carlos II llegase á morir sin hijos.

Firmóse, pues, un tratado de paz en Aquisgran, por el cual la Francia devolvió el Franco Condado, conservando á Charleroi, Binch, Ath, Douai, Comines, Tournai, Oudenarde, Lille, Armentieres, Courtray, Bergues y Furnes, llaves de los Países Bajos; de manera que le hubiese valido mejor á la España ceder el Franco Condado. Pero el pretexto de la *devolución* era tan vano, que ni siquiera se hizo mención de los derechos de María Teresa.

Luis XIV no consideraba los tratados sino como cumplimientos, en los cuales se comprende otra cosa de lo que se dice. Esto es lo que manifestó abiertamente, cuando, á pesar de aquella paz, proporcionó socorros al Portugal rebelado contra la España. ¿Era, pues, posible esperar que se conseguiría impedir satisfaciéndose sus dos principales deseos de conquistar los Países Bajos y vengarse de la Holanda?

Después de grandes esfuerzos de valor logró la Holanda emanciparse de la y España, enriquecerse con sus ruinas; ocupando sus colonias en las Indias y explotando la Bélgica, se había engrandecido tanto por mar como circunscrito por tierra. Surcando el Océano en lugar de tierra, servía de granero al mundo sin tener campos, era el almacén general sin producir nada, y el banco universal sin poseer minas. La escasez del combustible le precisó á dedicarse á las manufacturas más bien que á las construcciones. El cáñamo, el lino, la lana, se trabajaron con éxito, y se hizo allí el mejor

papel. Todos los prodigios se perfeccionaron, al paso que la civilización creciente de Europa abría nuevas salidas á las mercancías. La pesca del arenque y de la ballena le producía grandes beneficios. Los barcos holandeses, cuya construcción se había mejorado, hacían por las demás naciones el comercio de transporte, sobre todo en las mares del Norte. Con respecto á las colonias, no se arrojaban sobre ellas con una ciega ambición, sino á proporcion de su territorio y población. Los holandeses habían también establecido, para perjudicar á la España en América, la compañía de las Indias Occidentales que hizo presas muy ricas; y aunque habían habandonado el Brasil, que habían conquistado y les había sido asegurado por la paz, formaron en otras partes establecimientos favorables al contrabando.

La compañía de las Islas Holandesas procuraba asegurarse por todas partes el monopolio, rechazando, sobre todo, á los ingleses, que eran sus únicos rivales. Batavia era siempre el centro de sus operaciones y el del gobierno, que desde allí se extendió al Malabar, á Ceilan, á la costa de Coromandel, y hasta á la China y al Japon, de donde los holandeses excluyeron enteramente á los portugueses. La adquisición del cabo de Buena Esperanza hubiera sido más importante para ellos, si en lugar de una simple estación la hubiesen convertido en una colonia agrícola. La Haya era, pues, el laboratorio de la política europea. Desde el momento en que estallaba una guerra en Europa, la Holanda transportaba los efectos á los más remotos mares, y concluía por sacar ventaja, hasta el punto de fundar otra compañía para el comercio de Asia.

Enrique Federico, príncipe de Orange, que, antes de morir (1647), había visto á los antiguos señores del país solicitar la paz, transmitió sus dignidades á su hijo Guillermo II, de edad de veintinueve años, bajo cuyo mando se concluyó la paz de Munster, producida por el valor de su tío y la prudente perseverancia de su padre. El tratado de Munster aseguró á los Estados generales la parte conquistada de la Flandes, del Brabante y del país situado sobre el Mosa; estos territorios no fueron comprendidos en la Unión, sino puestos bajo el mandado de un gobernador general, que fué el príncipe de Orange.

Las siete provincias formaban un gobierno federativo, cuyos diputados residían siempre en el Haya, donde resolvían por unanimidad los asuntos de los negocios públicos. Un consejo de Estado, una cámara del almirantazgo, y un tribunal de cuentas, dirigían la administración; pero, en realidad, el poder legislativo pertenecía á cada provincia, pues los Estados generales no podían hacer nada sin el asentimiento de los Estados provinciales. La municipalidad, circunscrita á un pequeño número de familias de la clase media, era la base de todo.

Más importante la Holanda que las demás provincias, y poseyendo mayores ciudades, adquirió tal preponderancia, que su stathouder llegó á ser el de todos los Estados; ó su gran pensionario era el jefe de toda la Unión, según predominase el partido civil ó el militar.

El stathouder mandaba el ejército y la escuadra, y gobernaba á la provincia; el gran pensionario estaba encargado de los sellos y de los archivos, preparaba las deliberaciones y presidía la asamblea. Aunque sus empleos no fuesen más que por cinco años, continuaba desempeñándolos hasta que su mando fuese revocado á consecuencia de alguna catástrofe.

No era posible evitar las discordias en aquella reunión de siete cuerpos casi soberanos, cuando el origen, de donde cada uno de ellos hacía emanar su derecho, no estaba demostrado con bastante claridad. La reflexión no había combinado aquel mecanismo, se había formado con arreglo á las circunstancias.

Quería la Holanda que para disminuir su deuda se licenciase una porción del ejército; pero el príncipe de Orange se oponía á ello como capitán general. Discutióse sobre su jurisdicción, sobre los abusos de autoridad; pero cuando Guillermo II murió á la edad de ochenta años (1650), dejando á su mujer en cinta, el partido popular venció, y fué abolido el stathouderato. Al frente de este partido estaban Cornelio y Juan Witt, hombre de mar, enemigo del feudalismo y dominado por el amor más puro y ardiente á la libertad.

Los Estados generales tuvieron que luchar contra los ingleses, que habían proclamado como un derecho la extraña pretensión de ser los únicos que poseyesen el mar que cerca su isla. Hugo Grocio le había refutado en el *Mare*